

ANÁLISIS HISTÓRICO DE LAS MIGRACIONES RUMBO A HISPANOAMÉRICA

(Discurso de Recepción como Académico de Mérito del
Doctor Szabolcs de Vajay, leído el 2 de febrero de 1995)

Señores Académicos:

Quiero en primer lugar agradecer a esta corporación el haberme hecho el alto honor de contarme entre sus individuos de Mérito y, en segundo lugar, ofrecerme, dentro de lo que esté en mi mano, para colaborar en todo lo que pueda redundar en el mayor prestigio de la misma. Y paso ya, sin más preámbulos, a exponer el tema de mi discurso.

Las estructuras sociales se perciben esencialmente a través de redes genealógicas. Al estudiar este fenómeno por excelencia humano, pueden desprenderse índices determinantes de la génesis, desarrollo y declive -etapas que marcan el proceso evolutivo de cada sociedad- y que son aún más característicos que los que pueden ofrecer los datos estadísticos o las evaluaciones llamadas históricas. Se trata, *hic et nunc*, de interpretar lo *inexplicable*: el fenómeno volátil del comportamiento humano.

Mediante un enfoque genealógico, se perciben mejor las raíces de las crisis sociales: cuando una sociedad se aventura fuera de sus caminos tradicionales, en vías de mutación, violenta o pacíficamente. Su cohesión, aparentemente cuestionada, se mantiene, pese a todo, velada y latente, por medio de

las relaciones de *hombre a hombre* que se manifiestan por vínculos genealógicos.

Citemos como ejemplos de esta fórmula omnivalente la transición del Bajo Imperio Romano a las estructuras altomedievales, o la de las mutaciones ligadas a tales choques interculturales como la convivencia entre moros y cristianos en tiempos de la Reconquista, o la normanda/anglosajona en tierras británicas; y hasta hoy: la precaria policultura balcánica.

Existen también, por suerte, transformaciones de índole más brillante -la del Renacimiento, por ejemplo- así como más dramáticas, como es el caso de nuestra era tecnocrática, con sus manipulaciones genéticas y sus nefastas energías poco controlables. Y todo esto afecta, por otra parte, al comportamiento genealógico: desde el banco de espermas, hasta la eufémica planificación familiar. Pero entre la sociedad -ente global- y el individuo -cada uno de nosotros- *el puente* seguirá siendo por excelencia genealógico.

Así pues, una ciencia clave, cuyas desviaciones hartamente conocidas -el esnobismo, las pistas imaginarias o la vanagloria de filiaciones pretendidas- no son más que estorbos difíciles de separar de ella.

Toda transformación, a menudo inquietante, puede tomar también caminos pacíficos. Para la ciencia, este fenómeno atenuado da lugar a *movimientos de población*; el lenguaje corriente lo llama emigración y la *vox populi* lo considera *aventuras*.

Sin embargo, cada aventura puede ampliarse a perspectivas históricas, imponiéndose así como génesis de una nueva sociedad. Los vikingos establecidos en Normandía, o los mismos normandos, más tarde arraigados en la Italia Meridional nos dan dos buenos ejemplos. En perspectivas más amplias aún, una renovación social de esa índole nos proporciona aquella emigración masiva y durable que surgió a partir del Descubrimiento del Nuevo Mundo: en Acadia, en Nueva Inglaterra, en las Antillas y, por excelencia, en aquella inmensa extensión que eran las Indias Occidentales, o sea nuestra América Latina.

A partir de ella, intentaremos desarrollar aquí un modelo tipológico: la génesis social surgida de una emigración.

La gran aventura se desprendió prácticamente de un solo núcleo: de las Españas unificadas en el año mismo del Descubrimiento. La importancia determinante de nuevas perspectivas aparece ya como hecho consumado e innegable aproximadamente a partir de 1520.

La toma de conciencia de las nuevas aperturas se caracterizó por un *comportamiento escapatorio*. Porque toda victoria es amarga, la que unificó España lo fue, a su vez. Viejas estructuras venerables, garantías durante siglos de la Reconquista, resultaron ya inoperantes y hasta puestas en tela de juicio. Las instituciones a ellas ligadas -las poderosas Órdenes de Caballería, por ejemplo- se vieron reducidas a honores de puro valor simbólico, privadas de contenido operativo.

El pasaje psicosocial preexistente se transformó radicalmente: el valiente hidalgo se mutó en Quijote y la Iglesia militante de Santiago Matamoros cedió el paso a la más formalista del Santo Oficio.

Los gentileshombres desocupados, la estratificación urbana en crisis, el mundo rural trastornado y los grandes linajes transformados en aristocracia primogenitural que marginó a sus segundones, produjeron una masa humana confusa, plantel de tensiones potenciales; muy pronto, tensiones de verdad.

Mejor valió, pues, prevenir que curar. *Cumplida* la meta de la Reconquista se sustituirá por la de una Conquista *por cumplir*. La crisis culmina en una mutación social. El slogan *expulsemos a los moros infieles* cede paso a otro: *Conquistemos y convirtamos a los indios aún paganos*. El pretexto, hoy corriente, de la ayuda humanitaria se llamó en aquellos tiempos *cristianización*, mientras que la explotación económica ya recuperó su etiqueta hasta hoy válida de *misión cultural*. Pronto se formará un imperio colonial, castellano o portugués, dividido administrativamente en Virreinos, flamante contraparte de los marcos tradicionales indígenas, portadores de los valores culturales autóctonos cuyos vestigios siguen impresionándonos hoy.

El comportamiento político queda así harto aclarado. El social mucho menos. ¿Quiénes se van?, ¿Con qué motivo?, ¿Adónde se dirigen?, ¿Cuál es allí su destino?. La decisión correspondiente, ¿era voluntaria, obligada, inevitable o instintiva? He aquí lo que conviene analizar.

Los móviles de las salidas se reparten entre lo positivo y lo negativo. Los desocupados, los desanimados o desesperados, víctimas de la desestabilización de la sociedad medieval moribunda, se lanzan conscientes de su marginación inevitable, de cabeza a la aventura. Pero hay también aventureros *de verdad*. Salen hechizados por las noticias fabulosas ya teñidas por la leyenda de *El Dorado*. Dos elementos se distinguen así dentro de la emigración principiante: el poblador lleno de esperanzas nuevas y el empresario protocapitalista sin consideraciones ni escrúpulos.

La Iglesia agrega, *ex officio*, a sus militantes, para salvar las almas y para extender fe y cultura, combatiendo a *los malos*, los de la anticultura peligrosa, representada por lo preexistente, por lo pagano.

Esa migración, sin embargo, quedó bajo control, supeditada a la autorización de Su Majestad Católica y confiada prudentemente a la responsabilidad disciplinaria de capitanes, adelantados o abanderados, pronto designados colectivamente *conquistadores*. Su plantel se ubicó en las provincias más desheredadas o más superpobladas: Extremadura, La Mancha y, por excelencia, Andalucía, zona todavía con *olor a moro*. Pero los efectivos crecientes -militares o civiles, soldados o pobladores, confiados al mando de tal o cual conquistador- terminarán de reclutarse de doquier parte: de las Vascongadas, de las Montañas de Burgos o de Santander, de esas regiones áridas o superpobladas cuyo excedente humano alimentó antaño los batallones de la Reconquista.

Al llegar a ultramar, esos pobladores fundan ciudades, construyen fortines y presidios, levantan iglesias y conventos; cultivan la tierra, buscan oro, combaten a los indios insubordinados y recorren distancias inconmensurables. Sus jefes despachan largos y abundantes informes a Su Majestad, fuentes inestimables en cuanto a la historia de la génesis de la nueva sociedad.

Ensimismada, esa sociedad logró permanecer muy española y, en cierta medida, hasta conservando una mentalidad postmedieval. Por excelencia en las regiones vírgenes, pobladas por primera vez por ella. En otras partes, se desempeña paulatinamente en amalgamarse con los autóctonos, a condición de un bautismo previo, como medida fundamental para una aculturación o -mirándolo al revés- para la desintegración de la cultura anterior. Una crisis de identidad, por excelencia, hasta para ambos bandos interesados. Así en México, en el Perú o en el Paraguay se multiplican enlaces con la élite azteca, maya, incaica o con las atractivas guaraníes o aymarás, y en el Brasil con las *caara-uiras*, designación global de todos los nativos en tierras de la conquista lusitana. A los de pura sangre española, si bien nacidos en ultramar, se agregan así las primeras generaciones de mestizos o cuarterones, llamados *cambujos*, *chanusos* o *coyotes*, formando innegablemente una nueva estructura social que pronto encontrará su denominación propia: la sociedad criolla... En la subconsciencia moral -que no tardó en proclamarse como filosofía- involucró la legitimación de la posesión de la tierra, a raíz de la mezcla de sangre.

Esta sociedad no tardará en distinguirse de las subsiguientes olas de los *recién llegados*, ya que la emigración organizada sigue a ritmo creciente a partir de España y -durante el casi siglo de la unificación de ambas soberanías-

también a partir de Portugal. Para *los otros* -los extranjeros- las Indias son tierras vedadas. La sola violación de esa regla se produjo en las Antillas por infiltraciones agresivas inglesas, francesas u holandesas, una extrapolación de los conflictos europeos, con repercusiones en tales zonas heteroétnicas como son hasta hoy Haití, Curaçao o los islotes de Barlovento y Sotavento: desde las Bahamas hasta Trinidad. Permanecieron así *puramente* españolas solamente Cuba, Puerto Rico y la porción oriental de la isla Hispaniola: la República Dominicana de hoy.

Puramente -¡es palabra mayor! - se entiende en términos políticos exclusivamente, mientras que la sociedad -la estructura viviente- se dejó sumergir, además de por los autóctonos cooptados, por los negros importados en masa del continente africano. Masa excluida, por definición, de las estructuras oficialmente reconocidas. No tanto por su negritud, sino por su condición de esclavos. En el contexto humano, esa masa ajena se encontró sin embargo plantada allí y, a partir de la liberalización del sistema tradicional, su aporte representará una presión social: en Haití, en Jamaica, a lo largo de las costas caribeñas y, por excelencia, en Brasil. En breve: en las zonas de plantación donde la mano de obra gratuita -razón económica del modelo esclavista- prevalecía. Tratado bien o mal, el esclavo negro fue considerado en términos jurídicos, como un objeto. Cuando se desencadenan -en el doble sentido semántico de la palabra- no tardarán en reclamar la totalidad de los derechos cívicos.

Por otra parte, las capas fundamentales del Perú, de Bolivia o de Paraguay, ostentarán un mestizaje pronunciado con aymarás, quéchuas o guaraníes. Es incluso el caso de la élite virreinal del Perú -círculo altamente cerrado- que no desdeñó, en ocasiones un enlace con las *ñustas*, calificadas de princesas incaicas. Más al sur, en las futuras tierras de Argentina, Uruguay o Chile, tal vez por motivos climáticos, la etnia conservó más pureza hispánica, si bien reflejando un origen peninsular máximamente diverso de procedencia vasca, gallega, andaluza, extremeña o hasta de las Canarias, según el caso.

Este conjunto acumulativo se amalgamó para formar la *sociedad criolla* que, por otra parte, siguió acrecentándose por el aporte constante de una élite, tanto militar como civil, procedente sin interrupción de la Madre Patria. El Virrey y su séquito, el General comandante, los jefes responsables de la estructura económica -los de la *Real Hacienda*- o de la justicia -la *Audiencia*- llegaron generalmente del Viejo Mundo. Algunos regresaron, su misión cumplida, otros -y no eran pocos- se quedaron, atados por nuevas fortunas o - con

frecuencia- por enlaces genealógicos. El español de etapas tardías, *el godo*, se *acriolló* así mediante sus hijos o nietos.

Este sistema de cooptación perduró hasta los años 1800, apertura también a decenios inestables y hasta ensangrentados, reflejos de mayores trastornos europeos. En particular, del golpe bonapartista que quebró brutalmente la continuidad dinástica. Las Indias rechazaron el hecho consumado. Su entusiasmo patriótico, concebido a favor de sostener la legitimidad, no tardó en desviarse -ocurre con frecuencia- hacia una tendencia autonomista. Una red de repúblicas independientes brotó como contrapeso; primero de la humillante ocupación francesa y, luego, como el del absolutismo de los Borbones restaurados quienes *ni habían olvidado nada, ni tampoco aprendieron algo*. Hasta los 1820, el proceso de emancipación se cumplió con mucha gloria épica y relativamente a precio de poca sangre. Las Indias desaparecieron, dejando emerger la América Latina moderna. El conjunto de los virreinos de antaño se independizó, dejando en cola a Cuba y a Puerto Rico, que no se separaron de la Madre Patria hasta 1898.

Como toda independencia apresuradamente adquirida -la tesis se comprobará más adelante, en los casos de *descolonización* africana o de los trastornos poststalinistas en el Este europeo- la sociedad debía enfrentarse a una crisis aguda, por excelencia política, pero también económica y cultural. Lo que logró quedar, de algún modo intacto, ubicado en las entrañas íntimas, fue la estructura misma de la sociedad criolla. Privada de los aportes peninsulares de antaño, esa élite se ensimismó.

Las familias conocidas -calificadas de *próceres*, lo que hoy en día se denomina la *gente como uno*- se casaron entre sí; se distanciaron de la política caudillista cada vez más turbulenta; tuvieron muchos hijos y se dedicaron a reconstituir, con tenaz voluntad, su poder económico, revalorizando sus estancias, haciendas, minas, o plantaciones. Endogámico en su comportamiento biológico y acumulativo en lo económico, este grupo reducido no tardará en adjudicarse el liderazgo político. Nuevamente poderosa, pero más aislada que nunca, la élite criolla realzada representó no más del 6 al 8 por ciento de los efectivos demográficos, pero con el 60 a 70 por ciento del poder económico y, de hecho, conservando el 100 por cien de las decisiones políticas.

La fórmula de esa *ilusión mayor* continuó espectacularmente hasta alrededor de 1880. Sin embargo, las exigencias en mano de obra de la era industrial principiante, la creciente seguridad y la rapidez de las comunicaciones marítimas y, en particular, las crisis europeas que rebrotaron a ritmo acelera-

do, provocaron en su conjunto una nueva ola de inmigración masiva, calificada de *aluvial*. Las flamantes repúblicas llegadas al umbral de su crecimiento económico desordenado carecían efectivamente de empresarios, de técnicos, de mano de obra cualificada, sin saber cómo responder al desafío de su propio desarrollo espectacular. Las sabias limitaciones de antaño, impuestas por Su Majestad Católica, se desvanecieron, dejando total libertad a la masa aluvial para tomar proporciones exorbitantes, con una diversidad cada vez más desconcertante. Los inmigrantes eran de todo origen: procedentes de la Italia prolfica, desunida y superpoblada; del Este europeo, sacudido por absolutismos triunfantes y revoluciones abortadas; y, luego, del Cercano Oriente, de donde sirios, armenios o libaneses huyeron de la opresión otomana. Sin olvidar a los judíos, víctimas de repetidos progromes, llegando en masa a Buenos Aires, a México o a Nicaragua, por ejemplo.

Después de su autolimitación espontánea, el elemento verdaderamente *criollo* se redujo precipitadamente, a raíz de la supremacía desproporcionada de la inmigración aluvial. Sus efectivos bajaron así hasta una proporción del 15 al 20 por ciento del conjunto demográfico, con una *élite de decisión* que ni siquiera alcanzó al 2 por ciento de la población, conservando sin embargo el sueño de pretender el 100 por cien del manejo estatal, económico y cultural.

Por otro lado, los recién llegados -por mérito, fortuna o inteligencia- no tardaron en constituir su propia élite. El liberalismo ostentado por principio en las Constituciones republicanas, les ofreció un marco propicio para integrarse con rapidez en la estratificación de su Patria electiva... Sus hijos ya se hicieron inmunes frente al síndrome criollo/emigrante, exhibiendo sin complejos patriotismos de tal república, como ciudadanos integrales de Argentina, de Chile o de Venezuela. Ciudadanos entusiastas y patriotas convencidos.

Muchas gracias.

CONTESTACIÓN

Por

Jaime de Salazar y Acha
Académico de Número

Señores Académicos:

La Real Academia Matritense se viste hoy de gala para recibir en su seno, como miembro de mérito, al excelentísimo señor Embajador don Szabolcs de Vajay.

Si toda sesión de recepción de un nuevo académico supone para cualquier corporación un gratísimo acontecimiento, más lo es, si cabe, la de esta tarde, por tratarse de un académico de mérito.

La medalla de mérito, contemplada en los estatutos de esta Real Academia, tiene por objeto el distinguir a personas cuyos méritos y circunstancias tengan el carácter de extraordinarios, dentro del campo de nuestros fines estatutarios. Están previstas un máximo de cinco, de las cuales nuestro beneficiario ocupa cronológicamente, desde 1990, el tercer lugar, tras el antiguo secretario perpetuo de la Real Academia de la Historia, don Dalmiro de la Válgoma, que falleció antes de poderla recibir, y tras el no menos ilustre académico de la Española don Martín de Riquer, Conde de Casa Dávalos, gran estudioso de la heráldica medieval. Una cuarta medalla de mérito ha sido asignada recientemente al Conde de Borrajeiros, académico de la real de Jurisprudencia y persona por todos conocida y admirada por sus profundos conocimientos en derecho nobiliario.

Pues bien, hoy nos encontramos aquí, como ya he dicho, para recibir al excelentísimo señor embajador don Szabolcs de Vajay, cuyas palabras aca-

bamos de escuchar, dibujando ese esbozo certero y global de lo que ha supuesto la emigración europea a Hispanoamérica a través de sus distintas fases cronológicamente referidas.

Es para mi un honor y una enorme satisfacción el que la Real Academia me haya encomendado contestar a tan ilustre personalidad y ello, por varias razones que quiero exponer aquí. La primera de ellas por los fuertes lazos de amistad que nos unen desde el 11 de mayo de 1978, fecha en la que nos conocimos en su casa de París y tuvimos ocasión de hablar largamente de los temas de nuestro interés. Más tarde durante el Congreso Internacional de genealogía celebrado en Madrid en septiembre de 1982, pudimos nuevamente tomar contacto e iniciamos una estrecha y fructífera colaboración.

La segunda y principal razón de mi satisfacción por este honroso encargo, es la del agradecimiento, ya que, a lo largo de estos años, que me han llevado a conocer y admirar a quien hoy ha leído su discurso de ingreso, muchas son las cosas que he aprendido de su mano y que me llevan a considerarme su discípulo, pues creo sinceramente que, sin todo ese bagaje de conocimientos y de experiencias adquiridos gracias a él, yo no hubiera podido hacer realidad la mayor parte de mis trabajos de investigación medieval.

Sirvan por tanto estas palabras más como agradecimiento por todo ello.

Szabolcs de Vajay nació en Budapest en 1921, perteneciente a una vieja y noble familia de la Transilvania. Hizo sus primeros estudios en su ciudad natal, doctorándose en Derecho y Ciencias Políticas en 1943. Los avatares políticos de su país, con la guerra mundial y la posterior revolución, le hicieron trasladarse primeramente a Suiza, donde perfeccionó su formación en la Universidad de Lausana y en el Instituto de Altos Estudios Internacionales de Ginebra. Más tarde, en 1948, se trasladó a Buenos Aires, donde residiría hasta 1954, ejerciendo el periodismo y dedicado a múltiples actividades culturales y artísticas. A esta estancia en aquel país hermano, debemos agradecer los españoles su dominio de nuestro idioma, que habla a la perfección así como el inglés, el francés, el alemán y naturalmente el húngaro. En 1959, nuestro nuevo académico de mérito, ingresó en la función pública internacional, ocupando un puesto en el departamento de Ciencias Sociales, en el Secretariado de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura. Desempeñando este puesto ha residido en París hasta su jubilación en 1983 y desde entonces, vive en Vevey, cerca de Ginebra. El gobierno húngaro le ha

designado recientemente embajador honorario de Hungría ante la propia Unesco.

Pero, tras esta rápida descripción de su peripecia profesional, hemos de entrar en lo que verdaderamente nos interesa desde el punto de vista de nuestros estudios: lo que justifica su pertenencia a esta Real Academia como medalla de mérito, es decir, los méritos y circunstancias extraordinarios que lo han motivado.

La actividad de Szabolcs de Vajay la podemos desglosar en dos campos principales, en los que ha venido desarrollando una fecunda labor. En primer lugar una actividad que podríamos llamar institucional y corporativa como gestor y organizador de actividades dentro del mundo genealógico y heráldico. Vajay no se ha limitado por tanto a la investigación erudita, sino que ha comprendido la importancia que tiene para el desarrollo de estas ciencias la puesta en contacto de los investigadores de los distintos países y regiones para el intercambio de conocimientos entre sus miembros. Vajay inició su andadura científica en este campo en el congreso internacional reunido en Bruselas en 1958. Desde entonces ha sido un miembro activo de numerosas sociedades eruditas, y ha sido gran impulsor de reuniones y congresos tanto nacionales como internacionales. Debemos destacar en este campo su labor realizada en la Academia Internacional de Heráldica, en la que ingresó en 1960, y a cuya vicepresidencia accedió en 1964, siendo reelegido en 1970. Szabolcs de Vajay se ha consagrado desde entonces a la consecución de una estructura internacional de coordinación de búsquedas en genealogía y heráldica científicas. Lejos de contentarse con la calificación de *auxiliar* de estas disciplinas, ha luchado por hacerlas reconocer como ramas autónomas de las ciencias sociales, no relacionadas únicamente con la historia, sino también con otras disciplinas como la demografía, la psicología, la antropología y el estudio de las mentalidades. Como marco para alcanzar este programa, Vajay fue impulsor de la Confederación Internacional de Genealogía y Heráldica, fundada en Bruselas en 1971. En ella fue primeramente delegado por la Academia Internacional de Heráldica, Vicepresidente en 1980 y, por último, desde 1982 a 1986, su Presidente. A partir de esa fecha ostenta el título de Presidente honorario. Su labor en este puesto fue considerable, animando, coordinando y multiplicando las relaciones entre los distintos centros genealógicos de todo el mundo y tendiendo a la democratización de la ciencia genealógica, demasiado encorsetada hasta entonces en los temas de siempre, es decir la investigación puramente nobiliarista, y añadiéndole el aspecto humano, tanto en las investigaciones mismas, incardi-

nadas en su contexto social, como en el marco de las relaciones humanas. Durante su gestión se pasó de 19 a 36 países miembros, y se crearon premios y medallas de mérito, además de la publicación de un boletín bimestral y la adopción de acuerdos con otros organismos internacionales profesionales o científicos. Cabe destacar, por otra parte, que su carácter *supranacional* de emigrado le ha permitido moverse con soltura en este campo, liberado de las ataduras, prejuicios y limitaciones intelectuales a las que conducen normalmente los sentimientos y actitudes nacionalistas.

En este punto de la promoción de nuestras ciencias, hay que destacar una de las más importantes cualidades de nuestro nuevo compañero, y esta es la de su actitud permanentemente abierta a la colaboración con los demás investigadores, especialmente con los que empiezan; actitud no tan usual, como pudiera parecer, en otros autores cuya lejanía y dificultad de acceso la hacen inimaginable. Sorprende en efecto, que una personalidad de su categoría se muestre siempre de tal modo accesible a todos y con la paciencia que él ha sabido mantener para atender las consultas que le llueven diariamente y que le dificultan el poder disfrutar de su tiempo libre. A esta cualidad va unida otra que consiste en una actitud pedagógica incesante hacia los más jóvenes. Vajay no ha desdeñado en ningún momento invertir su tiempo en guiar a los investigadores noveles en sus inicios, canalizando sus esfuerzos, sembrándoles de inquietudes y orientándoles hacia posibles nuevos temas de investigación. Por último quiero destacar, lo cual tampoco es corriente en personas de su rango intelectual, su facilidad para aceptar las teorías de los otros cuando están bien fundamentadas, aunque contradigan a lo ya escrito por él con anterioridad, y no empeñándose en sostener los errores propios.

En el campo de la investigación erudita, es Szabolcs de Vajay un hombre universal en la variedad de sus saberes y dedicaciones dentro del campo de la genealogía y de la heráldica y, podemos decir, que no hay aspecto dentro de estas disciplinas que no haya tocado en alguno de sus escritos. Quiero destacar sin embargo, su maestría incontestada en la revisión de las genealogías medievales de Europa. La amplitud de sus conocimientos, la diversidad de culturas y países en donde se desenvuelve, le han permitido, igual añadir a Francia una reina desconocida hasta entonces, como aclarar la identidad de Eudoquia Comnena, abuela bizantina de Jaime el Conquistador, o identificar la familia de Ágatha, madre de Santa Margarita de Escocia; lo mismo desentrañar la biografía de Ramiro II el monje de Aragón que la parentela de Ramón de Borgoña, cabeza de nuestra más importante dinastía castellana medieval. Todo ello con

un enorme rigor, con un conocimiento exhaustivo de la documentación y con certeros comentarios sobre la movilidad social de los siglos pasados, las influencias culturales, el estudio de las mentalidades, etc.

Toda esta actividad ha creado realmente escuela en Europa y se puede decir sin temor a exagerar, que Szabolcs de Vajay ha sido uno de los renovadores de la ciencia genealógica moderna, ciencia que él ha venido a reivindicar, tras la peor época de divorcio de ésta con la ciencia histórica.

Como dijo el Profesor Martín Duque hace varios años: *"los trabajos de Szabolcs de Vajay constituyen una eficaz reivindicación de la genealogía como disciplina histórica, rescatada de sus desviaciones frívolas y acientíficas de "caza de antepasados" o "pasatiempo de cierta sociedad desocupada". Vajay -continuaba Martín Duque- está sinceramente persuadido de que las investigaciones genealógicas, ajustadas con rigor a una metodología moderna, pueden permitir a los historiadores, fecundos análisis sociológicos en orden a una más penetrante captación de las mentalidades y de las interacciones políticas, institucionales y culturales. Postula así una genealogía renovada, en la cual el estudio de la eterna madeja de los linajes, menospreciado quizá demasiado por la historiografía más reciente, puede proporcionar elementos de trabajo de gran valor para una sociología histórica".* Y terminaba el citado profesor: *"el entusiasmo y agilidad con que Szabolcs de Vajay se desenvuelve en el enmarañado mundo de las genealogías principescas, su seriedad informativa y su maestría técnica, depararán sin duda nuevas aportaciones de unos datos que, adecuadamente manejados, han de seguir enriqueciendo nuestra visión de aspectos muy estimables de la vida política y social y los mutuos intercambios de las monarquías europeas medievales".*

Esta opinión de un catedrático de universidad, historiador de renombre, y su valoración sobre la orientación científica de las investigaciones genealógicas de nuestro nuevo compañero, suponen un gran reconocimiento para el carácter científico de nuestras disciplinas, que hubiera sido impensable hasta hace pocos años. Este proceso de dignificación se lo debemos en una gran parte a Szabolcs de Vajay.

Nuestro nuevo Académico de Mérito ha sido galardonado en su vida con muchas distinciones y entre ellas, queremos destacar que en 1961 recibió del Instituto Internacional de Genealogía y Heráldica el premio Altenstein y, en 1968, el Castañeda, otorgado por el mismo Instituto. Está en posesión asimismo de la Cruz de comendador *pro mérito melitense* de la Soberana Orden Militar de Malta, de cuyo Consejo Heráldico ha sido miembro desde 1980, y

que en 1982 recibió de Su Majestad el Rey la Cruz de Comendador con placa de la Orden de Alfonso X el Sabio como premio a sus actividades en torno a la organización del Congreso Internacional de Genealogía y Heráldica celebrado en Madrid.

Todo ello hace, como ya dije al principio, que este acto sea especialmente grato para esta Real Academia Matritense, que espera del nuevo académico de mérito poderle contar muchos años entre sus miembros, para bien y provecho propio y del de la comunidad científica internacional y, sobre todo, del de la propia ciencia genealógica.

Por todo ello, Szabolcs de Vajay, bienvenido y muchas gracias.